

tarde a sacar la pala cargadora, ayudados también por el obrero Ovidio Decabo. Dentro de la riera, el Sr. Anfruns había dejado su «jeep». Mientras estaban trabajando y en el preciso momento en que la pala cargadora se había atado al tractor que había de arrastrarla, bajó de improviso una nueva avalancha de agua, mucho mayor que la de la mañana, y las aguas formaron una isla en medio de la riera. Los sitiados concentraron en ella el tractor y el «jeep», colocándolos en el sitio más elevado, pero las aguas iban subiendo y se llevaron el «jeep». El conductor de la pala y Ovidio se subieron a un pino y los otros tres se hallaban en el remolque del tractor, que estaba atado al mismo pino. Pero las aguas iban teniendo cada vez más fuerza y al ver que amenazaban con llevarse el tractor, los del remolque lo desataron para que no arrastrara también el árbol y con él a los que estaban arriba encaramados. Inmediatamente las aguas empezaron a arrastrar el tractor y el remolque y como éste iba dando tumbos, los tres que iban en él se vieron obligados a agarrarse en posturas inverosímiles para no verse arrastrados por las aguas. Afortunadamente, el remolque llegó a estar muy cerca de una encina y esto permitió al Sr. Anfruns, a su hermano y al conductor del tractor, aprovechar la ocasión para subirse a ella, cuando ya el remolque estaba completamente cubierto por las aguas.

Planteadas la situación, gravísima para los sitiados porque las aguas iban subiendo, es fácil comprender la angustia de ellos y la de las personas que desde las márgenes de la riera les contemplaban sin poder hacer nada por salvarles. Se llamó a los bomberos de Granollers, pero cuando llegaron no pudieron actuar porque no disponían de medios adecuados, dada la anchura de la riera en aquel lugar. Se pidió un helicóptero, pero no llegó, aunque tampoco hubiera podido hacer nada, dadas las características del lugar en que se hallaban los sitiados por las aguas. Mientras tanto, el pueblo en masa se iba congregando en las márgenes y la angustia crecía, pues las aguas iban subiendo y no se veía el medio de lograr el salvamento de aquellos hombres que estaban encaramados en los árboles. Al cabo de una hora y media empezó a renacer la esperanza, pues parecía que las aguas empezaban a bajar y, en efecto, poco a poco se iba notando que descendía su nivel, pero entonces empezó a llover torrencialmente, lo que hizo temer una próxima subida. No obstante, los de la encina pudieron ya bajar y pisar tierra firme, y más tarde los del pino, lo cual permitió al vecindario intentar el salvamento con cuerdas. Se hicieron varios intentos sin resultado, pero al fin se logró lanzar un cabo a los sitiados y esto aumentó las esperanzas, que se afianzaron cuando se logró rescatar el primero, deslizándose por una cuerda atada a dos árboles. El segundo se deslizó también, pero llevando atada una cuerda al cuerpo y esto le salvó, pues cayó al agua, pero fue posible rescatarle gracias a que estaba sujeto. Del mismo modo fueron saliendo los demás, lográndose rescatar al último, el Sr. Anfruns, cuando ya casi había anochecido, bajo una lluvia torrencial.

Fueron unas horas dramáticas que, afortunadamente, no tuvieron consecuencias trágicas, y fue una gran labor del vecindario, cuya angustia se vio recompensada por la gran satisfacción obtenida al ver que el esfuerzo realizado había dado su fruto.

Los cinco hombres que aquel día se vieron sitiados por las aguas, nos encargan vehementemente que, al explicar lo ocurrido, expresemos a todos su más profundo y sincero reconocimiento.